



M. P. SHIEL

*La nube purpúrea*

Como señaló el crítico Edward Shanks en su elogio fúnebre de M P Shiel, la novela *La nube púrpura* fue en su día «una leyenda, un apocalipsis, algo fuera del espacio y del tiempo».

Adam Jeffson es el primer hombre en llegar al Polo Norte. Para ello ha mentido, ha sido cómplice de un envenenamiento, ha matado a sangre fría. Pero sobre todo, ha desobedecido el misterioso Mandato divino que parece vedar el Polo a la raza humana. Su castigo no consiste, como el de Adán, en la expulsión del Edén, sino más bien, como el de Job, en la destrucción de todo lo que da sentido a su existencia, mediante la aniquilación de toda vida humana en la Tierra. Adam Jeffson se convierte en el último hombre vivo, y en el amo del mundo.

*La nube púrpura* (1901), acaso la obra maestra de M P Shiel, es una original fantasía religiosa, pero sobre todo una extraordinaria novela de aventuras.

# Introducción

En mayo de este año, el autor recibió como cosa notable un paquete de papeles con el fin de que procediera a su examen —de un amigo, el doctor Arthur Lister Browne, miembro del Real Colegio de Medicina— consistente en cuatro cuadernos de apuntes repletos de esos vertiginosos garabatos de «taquigrafía», cuyo conjunto semeja revoloteantes enjambres... garrapateados en lápiz, y sin vocales; de manera que su desciframiento no ha sido una diversión. La carta adjunta estaba también estenografiada y asimismo escrita a lápiz, incluido el cuaderno de apuntes marcado con el III, y que ahora publico.

La carta decía así:

Querido viejo camarada: He estado precisamente pensando en ti, deseando que estuvieras aquí para darte un último apretón de manos antes de que... me «vaya»; pues, en efecto, me voy. Hace cuatro días sentí un dolor en la garganta, por lo que acudiendo al consultorio del viejo Johnson, en Selbridge, le pedí que me reconociera, y cuando murmuró algo sobre laringitis membranosa, me hizo sonreír, pero para cuando llegué a casa estaba afónico y no sonreía ya; antes de la noche tuve disnea y estridor laríngeo. Así que telegrafíé a Londres pidiendo por Morgan, y, entre él y Johnson, me han estado abriendo la traquea y chamuscándome el interior con ácido crómico y el cauterio; pero soy demasiado gato viejo para no saber lo que es esto; los bronquios implicados... demasiado avanzado. Morgan se encuentra aún, creo, en confiada espera de añadirme a sus logradas estadísticas de traqueotomía, pero el diagnóstico fue siempre mi punto fuerte y la pequeña consolación de su muerte será la derrota de un especialista en su propia salsa. Así que ya veremos.

He estado disponiendo algunos de mis asuntos esta mañana y recordé estos cuadernos de apuntes que tenía intención hace unos meses de traspasártelos, pero ya conoces mi costumbre inveterada de dejar de un día para otro las cosas, y, además, vivía aún la dama de quien tomé el relato: ahora ya está muerta, y me ha parecido que como escritor y como

hombre podría ello interesarte, caso de que consigas descifrarlo.

En los momentos presentes me encuentro bajo los efectos de la morfina, sumido en magnífico estado de languidez, y como estoy en disposición de escribir, quiero decirte algo sobre ella: su nombre, Mary Wilson; treinta años cuando la conocí y cuarenta y cinco cuando falleció; quince años de ella. ¿Conoces mucho sobre la filosofía del trance hipnótico? Esta fue la relación entre nosotros, hipnotizador y sujeto. Había sido tratada por otro antes de mí, sufría de un tic del quinto nervio y antes de que yo la asistiera la habían extraído la mayor parte de los dientes, e intentado también arrancarle el nervio de la parte izquierda mediante una escisión externa. Pero ello no había supuesto diferencia alguna: el reloj del infierno daba su tic-tac en la mandíbula de esta pobre mujer y fue una misericordia que tropezara conmigo, pues mi organización era idónea a lograr un fácil control sobre ella, y con unas cuantas sugerencias pude expeler su legión.

Bien, creo que jamás habrás visto a nadie tan singular como a mi extinta amiga, miss Wilson; médico como soy, jamás podía contemplarla sin una especie de choque; ¡sugería a tal punto lo que llamamos «el otro mundo», cierto tufo de carcinoma, un fantasma más que una mujer! Y sin embargo, apenas puedo transmitirte el por qué de ello, excepto por algunos secos detalles tales como los contornos de su espaciosa frente, labios delgados, mandíbula prominente y cenicientas mejillas. Era deplorablemente descarnada, siendo visible todo su esqueleto, excepto los fémures; sus ojos, de la azulencía tonalidad del humo del cigarrillo o de una solución de quinina tornada fluorescente por los rayos X; y tenía la mirada más extraña, feble, ultraterrena, siendo a sus treinta y cinco años, blanca la mata de su cabello.

Era de posición acomodada, vivía sola en una antigua quinta de Wooding, a unas cinco millas de Ash Thomas; y yo «comenzando» en esas partes por la época, no tardé en residenciarme en la quinta, pues ella insistía en que debía consagrarme a ella sola.

Bien; hallé que en estado de trance, miss Wilson poseía notables poderes: no peculiares a ella misma en clase, sino fiables, exactos y de largo alcance, en grado. Cualquier bisonño se pone a discursar ahora sobre los poderes manifestantes de la mente en estado de trance, hecho que la Ciencia Física sólo tras interminables investigaciones admite ser cosa científica, pero conocida a cualquier vieja arrugada de la Edad Media; pero yo digo que los poderes de miss Wilson eran «notables», debido a que creo, en general, que los poderes se manifiestan más particularmente con respecto al espacio, tan distinto del tiempo, errando el espíritu en el presente, viajando sobre un llano; pero el don de miss Wilson era especial en esto, en que viajaba por todos los caminos y fácilmente en todos, a este, a oeste, arriba, abajo, en el pasado, en el presente y en el futuro.

Lo descubrí gradualmente. Emitía un flujo de sonidos — apenas puedo denominarlo habla— murmurantes, guturales, mezclados con resoplidos de los mustios labios, acompañando ello de una intensa contracción rotuliana, rigidez y una expresión de consumado transporte; y yo tomé la costumbre de sentarme durante largo tiempo al lado de su cama, fascinado, intentando captar el significado de aquel lenguaje visionario que aflucía como graznando de su garganta, exhalándole de sus labios, hasta que, en el decurso de los años mi oído comenzó a discernir las palabras; «el velo estaba rasgado» para mí también: y en cierto modo podía seguir las excursiones de su espíritu contemplativo y vagante.

La oí un día pronunciar algunas palabras que me fueron familiares: «Tales fueron las artes por las cuales extendieron sus conquistas los romanos y alcanzaron la palma de la victoria»... de la obra «Declinar y Caída» de Gibbon, que yo tenía razones para suponer que no la había leído nunca.

—¿Dónde está usted? —le pregunté con voz seria, a lo que ella replicó:

—Estamos a ochocientas millas arriba. Un hombre está escribiendo. Nosotros estamos leyendo.

Debo decirte dos cosas: la primera, que hallándose en trance no hablaba nunca en primera persona, sino, por lo

que fuere, de esta manera objetiva plural de «nosotros», «estamos», «fuimos», aunque desde luego era instruida; y segunda, que cuando vagaba en el pasado, siempre se representaba como estando «arriba» (¿de la Tierra?), y a mucha mayor altitud cuanto más se retrotraía en el tiempo; al describir acontecimientos presentes siempre se sentía «en», mientras que respecto al futuro, invariablemente declaraba que «nosotros» estábamos a tantas millas «dentro de».

No obstante, para sus viajes en esta última dirección parecían existir límites fijos; digo parecía, para significar que, a pesar de mis esfuerzos, nunca fue de hecho realmente lejos en esa dirección. Tres, cuatro mil «millas» eran cifras corrientes en sus labios para describir su distancia «arriba»; pero su distancia «próxima» no llegó nunca a más de sesenta. Generalmente decía veinte o veinticinco, apareciendo en relación con el futuro como un buceador, quien, cuanto más profundamente se sumerge, halla una presión más resistente, hasta que no puede forzar más la profundidad.

Siento mucho no poder proseguir, aunque podría contarte muchas cosas sobre esta señora. Por espacio de quince años y de cuando en cuando, me sentaba escuchando junto a su opaco lecho, hasta que un día mi oído experimentado pudo detectar el sentido de la más débil exhalación. Oí el «Declinar y Caída» de cabo a rabo; y aunque algunos de sus rebatos eran de la más frívola materia, me prendí a otros con un horror de interés. Ciertamente, he oído algunas asombrosas palabras pronunciadas por aquellos labios fantasmales de Mary Wilson. A veces podía ceñirla repetidamente a cualquier escena o tema que yo había escogido por el mero empleo de mi voluntad; en otras ocasiones la huidiza indocilidad de su andar me eludía; se resistía, desobedecía; de no haber sido así, podía haberte enviado, no cuatro cuadernos de apuntes, sino veinte. Hacia el quinto año, se me ocurrió que podría tomar notas más coordinadas, puesto que conocía la estenografía, y así lo hice. El cuaderno de apuntes «III» pertenece al onceavo año, y su historia comienza así: La oí un atardecer murmurando con la entonación empleada para la

lectura, le pregunté dónde se hallaba y replicó: «Estamos a cuarenta millas próximas; leemos; otro escribe...».

Pero nada más ya sobre Mary Wilson; pensemos mejor un poco en A. L. Brovrae, quien con un tubo de respiración en su tráquea y la Eternidad bajo su almohada...

La carta del doctor Browne prosigue sobre temas que no tienen mayor interés aquí.

Procedo ahora a dar mi traducción del cuaderno «III» estenografiado, recordando simplemente al lector que las palabras forman la substancia de un documento a ser escrito, o a ser motivado (según miss Wilson), en ese Futuro, que, no menos que el Pasado, existe esencialmente en el Presente... aunque, al igual que al Pasado, no lo veamos. Sólo me resta añadir que el título, la división en párrafos, etc., han sido ideados arbitrariamente por mí, por pura conveniencia.



*(Aquí comienza el cuaderno de apuntes «III»)*

Vaya, la memoria parece estar empeorando ya. ¿Cuál era, por ejemplo, el nombre de ese clérigo que predicó, justamente poco antes de que el *Boreal* zarpara, sobre el error de efectuar más intentos cualesquiera para alcanzar el Polo Norte?

Las cosas que tuvieron lugar antes del viaje parecen hacerse un tanto nebulosas hoy en el recuerdo; me he sentado aquí, en la galería de esta villa de Cornualles, para escribir alguna especie de narración sobre lo que ocurrió —Dios sabe por qué, puesto que ojo alguno podrá jamás leerlo— y ya en el propio comienzo no puedo recordar el nombre del clérigo.

Fue de seguro una rara especie de hombre, escocés del Ayrshire, grande, magro, de leonado cabello; acostumbrado a andorrear por las calles londinenses en burda ropa talar, con una clásica manta a cuadros de su país colgándole de un hombro; y una vez lo vi en Holborn, andando con su paso más bien zahareño, frunciendo el entrecejo y murmurando algo para sí mismo. No haría mucho que había llegado a Londres y abierto capilla (creo que en el Pasaje de la Cadena), y apenas lo hiciera que comenzó a atestarse la pequeña estancia religiosa; y cuando, unos años después, se trasladó a un establecimiento mayor en Kensington, toda clase de hombres, hasta de América y Australia, se congregaban para escuchar los retumbantes anatemas que lanzaba, aunque ciertamente no se hallaba ya en edad inclinada al arrebató del entusiasmo de profetas y profecías desde

el púlpito. Pero este hombre singular despertaba indudablemente los oscuros e intensos sentimientos que dormitan en el corazón; sus ojos eran de lo más peregrino y penetrantemente poderosos; su voz se alzaba desde el cuchicheo, tomando cuerpo, creciendo y aumentando como una bola de nieve para estallar de manera semejante a ella al llegar al fin de su rodar por la pendiente, o como un témpano en una marejada allá en el norte, al par que sus gestos y ademanes eran tan agrestes como cualquier hombre salvaje ríe las primitivas épocas.

Pues bien, ese hombre... ¿cuál es su nombre... McIntosh, Mackay?... me parece que así se llamaba. Mackay vio razón en considerar afrenta el intento de llegar al Polo en el *Boreal*; y durante tres domingos, mientras se estaban aproximando a su ultimación los preparativos, fulminó contra ellos en Kensington.

La excitación en cuanto al Polo había alcanzado en la época un grado que solamente puede ser expresado como febril, si ello sirve para definir el singular éxtasis e inquietud que prevalecía; pues el interés científico que el hombre había sentido por esta región desconocida se hallaba ahora, súbitamente, mil veces intensificado por uno nuevo... un tremendo interés de dinero.

Y el nuevo celo había cesado de ser saludable en su tono como el antiguo fervor lo había sido; pues ahora, el demonio Mammon, representante del espíritu de la codicia y símbolo del afán de riquezas, estaba interviniendo en la cuestión.

En el decurso de los diez años que precedieron a la expedición del *Boreal*, no menos de otras veintisiete se habían emprendido y fracasado.

El secreto del nuevo arrebató estaba contenido en la última voluntad de Mr. Charley P. Stickney, de Chicago, aquel emperador de las extravagancias, que se suponía ser la persona más rica de cuantas jamás moraron sobre la Tierra, y que había dejado una manda de 175 millones de dólares

al hombre, de la nacionalidad que fuese, que alcanzara primero el Polo.

Sobre la expresión o cláusula de «*el primero que alcanzara*» y de su aplicación a una determinada persona, se había alzado seguidamente una creciente oleada de controversia, en Europa y América, en cuanto si el legatario había de ser el Jefe de la primera expedición que lograra su objetivo, hasta que finalmente se decidió por autoridad legal que la verdadera interpretación era puramente individual, o sea que cualquier persona integrante de la expedición que primero pusiera la planta del pie en el grado 90 de latitud era a quien concernía la «palma».

En todo caso, el frenesí había llegado al estado de fiebre, como ya he dicho; y en cuanto al *Boreal* en particular, el progresivo curso de sus preparativos era señalado al minuto en los periódicos, todo el mundo era una autoridad en su empresa, y en cada boca era una apuesta, una esperanza, una chanza o una mofa; pues ahora, por fin, se sentía que el éxito se hallaba próximo. Y así, Mackay tenía un auditorio interesado, si en cierto modo alarmado, de otro también en cierta manera cínico.

¡Un hombre valiente, de los llamados de corazón de león, habría de ser, después de todo, quien se atreviera a proclamar una opinión tan dispar con el sentir de su época! ¡Uno contra cuatrocientos millones; ellos se inclinaban hacia un lado y él hacia el opuesto, manifestando que estaban equivocados... en un error todos! Las gentes dieron en llamarle «Juan Bautista redivivo», y sin duda que sugería algo por el estilo. Supongo que en la época en que tuvo la audacia de acusar a la *Boreal* no hubo soberano de trono alguno que, a no ser por la pérdida de su dignidad, no se habría sentido más que contento por ocupar un puesto de galeote a bordo.

El tercer domingo por la noche, de su diatriba, me encontraba yo en aquella capilla de Kensington y le oí. Y la

fiera perorata que pronunció me pareció la de un hombre delirante de inspiración.

Todos escuchábamos mudos y encogidos la profética voz que se alzaba y descendía con todas las modulaciones del trueno, desde el rápido y sordo rumor hasta el reverberante estallido fragoroso; y quienes acudieron para tener ocasión de mofa, quedaron pasmados.

Lo que dijo en substancia fue lo siguiente: que había alguna especie de sino o hado agorero conectado con el Polo, en relación con la raza humana; que el continuo fracaso del hombre, a pesar de sus constantes esfuerzos para llegar a él, lo demostraba; y que el tal fracaso constituía una lección —y una prevención— que la raza menospreciaba, incurriendo en el peligro.

El Polo Norte —dijo— no se hallaba tan lejos, y las dificultades para alcanzarlo no eran demasiado grandes; el ingenio humano había realizado cosas mil veces más difíciles; sin embargo, a pesar de más de media docena de bien planeados esfuerzos en el siglo XIX, y de treinta y uno en el XX, los hombres no llegaron a él nunca, aunque algunos lo pretendieron; siempre hemos sido frustrados, desbaratados, por algún aparente azar adverso —alguna Mano refrenadora; y en ello reside la lección— y de ahí la prevención. Maravillosamente semejante al «árbol de la Ciencia» del «Edén» —dijo— era este Polo; el resto de la Tierra abierto y ofrecido al hombre, pero Ello persistentemente velado y «prohibido»; como cuando un padre posa una mano sobre su hijo diciéndole: «Aquí no, hijo mío; donde tú quieras, pero no aquí».

Mas los seres, dijo, eran libres de tapiar sus oídos y presentar una conciencia insensible a los murmullos y sugerencias del Cielo; y él creía —afirmó— que se hallaba próximo el tiempo en que hallaríamos absolutamente en nuestro poder situados en aquel grado 90 de latitud y plantar un pie impío sobre la cabeza de este planeta, como fue dado a Adán tender una sacrílega mano al árbol de la Ciencia —di-

jo, elevándose ahora su voz a una prolongada proclama de espantoso augurio—, pues el abuso de ese poder había sido seguido en un caso por el derrumbamiento pronto y cósmico, y así por otro impedía a toda la dotación humana que esperase en adelante de Dios nada más que un cielo murrioso y un tormentoso tiempo.

La frenética sinceridad del hombre, voz autoritaria y salvajes gestos, no podían por menos de surtir efecto, sobre todo como para mí, lo confieso, que me parecía estar dirigiéndome un mensajero del Cielo; pero me parece que aún no había llegado a mi casa, cuando toda la impresión del discurso me pasó, algo así como el agua resbala por el lomo de un pato. No, el profeta en el siglo XX no era un éxito; el propio Juan Bautista, con su piel de camello y todo, habríase topado sólo con tolerantes encogimientos de hombros. Aparté de mi mente a Mackay con el pensamiento: «Me parece que está retrasado con respecto a su época».

Mas ¿no debiera haber opinado de manera muy diferente de Mackay, puesto que ¡santo Dios...!?

Tres semanas aproximadamente antes de aquella disertación del domingo por la noche, me visitó Clark, el jefe de la expedición; simple visita de amistad. Llevaba yo para entonces establecido un año en el número 24 de la calle Barley, y aunque todavía por debajo de los veintisiete años, creo que en lo selecto tenía una experiencia como cualquier médico de Europa.

Selecto... pero poco; era capaz de mantener mi estado y moverme entre lo grande; pero de cuando experimentaba algún apuro, y fue, de hecho, precisamente por entonces que fui sólo salvado de los engorros por el éxito de mi obra *Aplicaciones de la Ciencia a las Artes*.

En el curso de la conversación que sostuvimos aquella tarde, Clark me dijo, a la manera casual que acostumbraba:

—¿Sabes lo que soñé de ti la noche pasada, Adam Jefferson?... Pues que ibas con nosotros en la expedición.

Me parece que debió haber reparado en mi sobresalto, pues la misma noche había soñado yo también lo mismo. Pero no dije media palabra sobre ello. Mi lengua se trabó al responder:

—¿Quién? ¿Yo? ¿En la expedición...? No iría si me lo pidieran.

—Oh, claro que irías.

—Pues no iría. Te olvidas de que estoy a punto de casarme.

—Bien, no lo discutamos, pues Peters no se va a morir. De todos modos, si le ocurriese algo, es a ti a quien vendría yo en derechura a decírtelo, Adam Jefferson.

—Bromeas, Clark. Sé muy poco de fenómenos astronómicos o meteorológicos. Además, estoy a punto de casarme...

—¿Y que hay de tu botánica, amigo? Ahí es donde te necesitaríamos; y en cuanto a astronomía náutica, bah, un hombre de tus hábitos científicos la captaría en un abrir y cerrar de ojos.

—Discutes el asunto gravemente, Clark —sonreí— tal suposición no se presentaría nunca. Por primera de todo se encuentra mi prometida.

—Ah, la importantísima doncella, ¿eh? Bien, pues ella, tanto como conozco a la dama, sería la primera que te obligaría a ir. No se le presenta a uno cada día la oportunidad de plantar un pie en el Polo, hijito.

—Ofrécesela a otro cualquiera —repliqué—. Está Peters...

—Sí, desde luego, está Peters. Pero créeme, el sueño que tuve...

—¡Ah, tus sueños! —reí.

Sí, lo recuerdo; pretendí reír; pero en lo íntimo de mi corazón, en su secreto fondo sabía aun entonces, que estaba ocurriendo en mi vida una de esas crisis que, desde mi

infancia, la convirtieran en la más extraordinaria que cualquier criatura de la tierra viviera jamás; y sabía que era así, primero debido a los dos sueños, y en segundo lugar debido a que una vez se hubo ido Clark y cuando me estaba poniendo los guantes para ir a ver a mi prometida, oí distintamente las dos antiguas voces, diciendo una: «¡No vayas a verlas ahora!», y la otra, «¡Sí, ve, ve!».

¡Las dos voces de mi vida! Quien esto lea podría pensar que se trata simplemente de dos impulsos contradictorios o bien que desvarío; ¿pues qué nombre moderno podría comprender la real apariencia de aquellas voces, cuan altas y al par prontas podía yo oírlas contender en mi interior, con una proximidad «más cercana que el aliento», «más estrecha que las manos y los pies»?

Hacia la edad de siete años me aconteció por primera vez; hallábame jugando un atardecer de verano en un pinar de mi padre, a cosa de una milla de una cantera; y me pareció como si alguien en mi interior me dijera: «Ve a dar un paseo a la cantera», y como si algún otro me previniera: «¡No vayas en absoluto por ese camino!», cuchicheos a la sazón, que gradualmente, a medida que crecía, fueron ampliándose a gritos de rabiosa pugna. Y fui a la cantera que estaba en el cerro... y me caí. Algunas semanas después, al recuperar el habla, conté a mi madre que alguien «me había empujado» sobre el borde, y que algún otro «me había cogido» en el fondo...

Una noche, poco antes de mi treceavo cumpleaños, hallándome tendido en un sofá, se me acudió la idea de que mi vida debía de ser de grandísima importancia para alguna cosa o cosas que no podía ver; que dos potencias que se odiaban mutuamente, debían de hallarse continuamente tras de mí; una deseando matarme y la otra mantenerme vivo; una queriendo que hiciera tal cosa y la otra la opuesta; que yo no era un muchacho como los demás, sino un ser aparte, especial, señalado para... algo. Ya entonces tenía nociones, cambios de talante, instintos fugitivos, tan ocul-